

Y en las pupilas sintiendo
Su mágico resplandor.

A comprender esta idea
Su mente no se atrevía,
Su voluntad resistía
Su ejecución á emprender;
Y aquel pensamiento solo
La tiene en duda tan fiera
Como si á su impulso fuera
Un crimen á cometer.

Si, sometido al influjo
De un vértigo incomprendible,
Sentía en sí una terrible
Desusada conmoción:
De un sér incógnito, oculto
Secreto terror le asalta,
Y conoce que le falta
Valor en el corazón.

Que aquella flor que fué un tiempo
Las delicias de su esposa,
Cuya existencia preciosa
Quiere hoy romper con afán,
Ve el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Todo el poder ha cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor á la vista,
Siente que allá en su memoria
Se le renueva una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella vive un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en su santuario
Ardiendo perenne está.

¡Oh! no, imposible que él sea
Quien aquella flor destruya;
Su vida es la vida suya,
El suyo tal vez su sér.
No, imposible; sin su esposa,
El como ella necesita
Aquella flor inmarchita
Por compañera tener.

Será de su amor pasado
Cuando ella falte un objeto,
Será un místico amuleto
Que aliviará su dolor:
Y de Clotilde el espíritu
Identificado en ella
Siempre pura y siempre bella
Será ella misma la flor.

En sus brillantes colores,
En su inmarchita frescura

Él hallará su hermosura,
Su perdida sociedad.
Y en su castillo encerrado
Para siempre noche y día
No tendrá mas compañía
En su larga soledad.

Mas ¡ay! que á la par Clotilde
Desea arrancarla ahora
Y el buen Don Felix la adora
Con toda su alma y su sér,
Y es imposible que al cabo
Su afán postrimero estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarla un placer.

Acostumbrada de antiguo
Al encontrar cada mañana
Al ir á abrir su ventana
Con nueva vida su flor,
También identificóla
Clotilde con su existencia,
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Y aun en la misma ventana
Su enredadera ceñida,
Aun vegetaba prendida
La Pasionaria al dintel:
Mas ya crecidos los tallos
De sus ramas parecía
Que desprenderse quería,
A su verde cuna infiel.

Y en la mas larga pendiente
Ya dentro del aposento
Yacía en el pavimento
Sin arrimo y sin sosten,
Como si, el fin contemplando
Avanzar de su señora,
Al suyo en la misma hora
Quisiera llegar también.

Dijeran que, adivinando
El término de su vida,
La postrera despedida
Quería á Clotilde dar,
Y que, hasta su mismo lecho
Subir intentando en vano,
Tomó el lugar mas cercano
A donde pudo arribar.

Y él la contemplaba trémulo
Y ella su flor le pedía,
Y Don Felix no sabía
En verdad qué resolver.
La flor seguía en la sombra
Ante sus ojos brillando
Y él la seguía mirando
En acuerdo sin volver.

Al fin, la voz de su esposa
Oyendo desfallecida
Que á Dios decía á su vida
Clamándole por su flor,
Sobre ella dió de repente
Y en la oscuridad asiéndola:
— ¡Sea pues! dijo, rompiéndola
Con insensato furor.

A tal momento Clotilde
Lanzó el último gemido:
Y el conde, de horror transido,
En las tinieblas quedó
Al escuchar que su nombre
Dentro del mismo aposento
Otro conocido acento
Tiernamente pronunció.

« ¡Cielos! exclamó espantado,
¿Es realidad ó deliro?
¿De quién era ese suspiro
Que en las tinieblas oí?
— Felix, repuso en la sombra
Aquella voz dolorida,
¿No me conoces, mi vida?
Yo soy, acércate á mí. »

Desatinado y atónico,
Tomó una lámpara el conde
Y al sitio volviendo donde
La Pasionaria arrancó
Vió con estúpido asombro
El desconocido objeto
Que el miedo y amor secreto
Hacia la flor le inspiró.

Pálida, fría, y sin aliento apenas,
Enamorada aun y encantadora,
En lugar de la flor yacía AURORA
En medio del oculto camarín.
Contemplábala atónico Don Felix,
El misterio fatal no comprendiendo,
Y tendiale Aurora sonriendo
Los yertos brazos, próxima á su fin.

Y aun amoroso el rostro moribundo,
Dijole así con voz desfallecida:
« He estado junto á ti toda mi vida,
Y muero con mi amor cerca de ti.
Velada á vuestra vista entre las hojas
De una hermosa y silvestre Pasionaria,
Fui huésped de esa reja solitaria,
Y os vi felices y dichosa fui.

« Siempre te amé; mas siempre cuidadosa
Miré mas que á mi amor á tu ventura;
Tú no fueras feliz con mi hermosura,
Y en mí encerré mi generoso amor.

Dios hizo que á este amor triste y sin premio
Fuera el amor de tu Clotilde unido,
Mas nuestro tiempo le pedí medido
Por el tiempo no mas de aquella flor.

« No nos fué dado nunca conocernos,
Mas á la par vivimos y te amamos;
Ambas unidas á la tumba vamos,
Y te perdemos á la par las dos.
Juntas morir nos otorgó el destino,
Y tú mismo, al cortar mi Pasionaria,
Cumplistes mi recóndita plegaria.
Recibe, pues, mi postrimer adios. »

Y á estas palabras la cerviz doblando,
Voló al cielo su alma enamorada,
Y en medio de la atmósfera nublada
Repentino relámpago brotó.
Las ramas de la verde enredadera
En la estrecha ventana se inflamaron,
Y sus hojas ceniza se tornaron
Que el agitado viento arrebató.

Tendió Don Felix las convulsas manos
Ciego á su vista y de dolor transido,
Y privado de aliento y de sentido
De la ventana al pié se desplomó.
Y diz que en su castillo de Aracena
Pocos años despues triste vivía,
Y que á Aurora buscaba todavía
Por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo
En una capilla oscura
Se encuentra la sepultura
De su postrero señor,
Y en vez del busto de mármol
Y de inscripción funeraria,
Hay solo una Pasionaria
De mano de un escultor.

LEYENDA QUINTA.

APUNTACIONES PARA UN SERMON

SOBRE LOS NOVÍSIMOS,

TRADICION.

AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer
Me lo contaron, lector:
Atañe al historiador
Lo cierto que pudo haber.

Lo que mas la plazca de ello
Crea tu razon discreta :
Mas no olvide que al poeta
Pertenece lo mas bello.

Querer dar con la verdad,
Fiándose en sus escritos,
Es á yerros infinitos
Asentir con ceguedad.

Yo no pretendo enseñarte,
Lector, á menos atento;
Me daré por muy contento
Si es que consigo agradarte.

Solo á arrancarte un suspiro
O una sonrisa aunque leve
Mi estéril pluma se atreve,
Solo á deleitarte aspiro.

Dejemos la verdad, pues,
Que es la verdad siempre amarga
Y lo cierto grave carga
Para los poetas es.

Lo falso á lo verdadero
Lleva ventaja infinita,
La mentira es mas bonita
Y yo siempre la prefiere.

La razon fria y severa
No hallará esta fantasia
Muy de su gusto, á fé mía;
Pero piense lo que quiera.

*El pueblo me la contó
Y yo al pueblo se la cuento :*
Y pues la historia no invento
Responda el pueblo y no yo.

No hay en ella mas verdad
Que lo que Hartzzenbusch ha escrito,
Y yo por darme lo admito
Importancia y gravedad.

El, verídico escritor,
Me garantiza esta historia.
Pues yo soy, pese á mi gloria,
De mentiras profesor.

Yo vivo con la mentira,
Lector, en público trato,
Y confieso sin recato
Que la verdad no me inspira.

Empiezo mi cuento, pues,
Y si te agrada, lector,
No preguntes al autor
Si mentira ó verdad es.

INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TENIDO LA
GALANERIA DE PONER A MI LEYENDA QUINTA.

Poco antes que en el Duero se sepulte,
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña
Derraman sus tesoros á la par.

Descuella un monte allí : sobre su cumbre
Un gigantesco torreon se eleva,
Monstruo que con las víctimas se ceba
Que le da el despotismo á devorar.

Agrio són de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones
Llenan aquella lúgubre mansion.
Fortaleza la llama quien lejano
Su mole ve sin registrar su centro,
Llámala infierno quien suspira dentro,
Cárcel la ley, su afrenta la razon.

Allí un anciano en miserable estancia,
Mas bien que calabozo sepultura,
Sufre de sus pesares la tortura
Con el pié de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada
Señales duran de lo que era un dia,
Centellea en su frente todavia
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
Violento late el corazon de Acuña :
Cuando su mano el pectoral empuña,
Fué un acero tal vez lo que buscó.
¡PADILLA! sin cesar suena en su labio,
Y un ¡ay! le sigue y el prelado llora;
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.

« ¿Porqué, Señor, arrodillado dice
Delante de un ebúrneo crucifijo,
Porqué, Señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendon de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero
¿No es lícito la espada desnudar?

Si entronizado el codicioso belga
Saqueaba el palacio y la cabaña,
Y desangrando á la infeliz España
Rios de oro enviaba á su nacion;
Se reía en espléndido banquete
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que, por el empobrecido,
Moribundo imploraba compasion;

Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonró vil cortesano,
Decía el extranjero al castellano :
Cómprame la venganza y la tendrás;
¿Debió Castilla tolerar su afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza
Y gritar á la chusma advenediza :
« No reinará sobre mi suelo mas? »

¿Condenaste, Dios mio, por mi culpa
La empresa que sino te fuera grata

Porque, soltando el báculo de plata,
Del profano baston el puño así?
No, que Samuel, ministro de tus aras,
Tambien en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Levi.

Lo veo, sí; con nuestra ruin fortuna
Tú quisiste enseñar á las naciones
En dos tremendas útiles lecciones
Lo que merecen, lo que deben ser.
Quejese el pueblo que agobiado llora
Solo de sí porque obedece al yugo;
Mas sepa, si combate á su verdugo,
Que sin union es fuerza perecer.

Percieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra,
Sus casas igualadas con la tierra
Yacen cubiertas de ignominia y sal,
¿Porqué me ha perdonado la cuchilla?
¿Porqué esta cárcel mi vivir esconde? »
Una voz pavorosa le responde :
« Porque te espera muerte de dogal. »

Abrese con estrépito la puerta,
Y precedido de villana tropa,
Vestido un hombre de funesta ropa
Resuelto avanza en la prision el pié.
Vara sutil de magistrado lleva,
Que en él parece látigo sangriento,
Ningun rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torvos ojos de iracunda hiena,
Con desplegar el labio ya condeua,
Con su mirada martiriza ya :
Mudo, pasmado el infeliz Acuña
La decision espera de su suerte,
No le acobarda la imprevista muerte,
Pero le aterra ver al que la da.

« En nombre de Don Carlos os lo mando, »
Grita á los suyos el feroz alcalde,
Pero dicta sus órdenes en balde,
Tiembla el esbirro, párase el sayon.
« Obedeced » el bárbaro repite,
Los satélites claman « ¡Sacrilegio! »
Y acatando el sagrado privilegio
Se lanzan en tropel de la prision.

« No teme el vengador de la justicia,
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,
Ese dogal tirado por el suelo
No quedará sin victima esta vez. »
¡Ronquillo! fué á esclamar el sacerdote,
Pero apagó su voz el duro lazo
Que estrechó con la planta y con el brazo
Aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel
Su trofeo arrastró, dejando en ellos
Con la sangre de Acuña y los cabellos
Señalado el camino que llevó;
Y á un corredor llegando guarnecido
De dorado arabesco pasamano,
A ver el espectáculo inhumano
Testigos el sacrilego llamó.

Y llegaron, y dijo : « Comuneros
Que desdorar quisisteis la corona,
La clemencia de Carlos os perdona,
De Simancas salid, pero mirad. »
Y el cordel ominoso atando á un hierro,
Lanzó al aire el cadáver palpitando...
Cayó la turba mísera temblando,
Pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba
Del ancho patio el ámbito vacío;
Sucedió al penetrante vocerío
Misterioso susurro de oracion.
Y oscilaban pendientes entre tanto
Del corredor los míseros despojos,
Y el llanto que asomaba en muchos ojos
Lo tragaba en secreto el corazon.

Pero el cáñamo vil con un crujido
Turbó el piadoso fúnebre homenaje
Y anunció desde el alto barandage
Nuevos horrores que mirar despues.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... Y de repente
De sangre salpicósele la frente
Y vió el roto cadáver á sus piés.

« Esconda, dijo, su ignominia luego
La sepultura que á pedirme vino.
Comuneros, sabéis vuestro destino;
Sed fieles al invicto Emperador. »
Y salió del castillo á lento paso,
Con la mano enjugándose la cara
Y agitando en el aire aquella vara
Que sembraba el espanto y el horror.

I.

Tal fué el alcalde Ronquillo,
Y tal el fin execrable
Del noble Acuña. La causa
Solo los cielos la saben.
Lidió por su libertad
Como valeroso y grande,
Mas vencieron los de Carlos
Y es inútil lamentarle.
Su crimen fué ser vencido,
Y fué el iracundo alcalde
Su juez y verdugo á un tiempo,
¡Caiga en él toda su sangre!

En vano gritó Castilla
 Contra el sacrilegio infame,
 Que estaba el rey de por medio,
 Y fueron voces al aire.
 Dióse por traidor al muerto,
 Y para mas ultrajarle
 Su infamia estendióse á todos
 Los que su nombre llevaren.
 Dió el Emperador por bueno
 A su juez, pródigo honrándole
 Con su amistad, y él fué un tiempo
 Su lebrél mas formidable.
 Ansioso de distinguirse
 En su servicio, y mostrarse
 Agradecido y celoso
 Por los intereses reales,
 Atropelló sin escrúpulo
 Cuanto encontró por delante,
 Sin que justicia ó nobleza
 Fuesen valla á sus desmanes.
 Que en él fué delirio al cabo
 Lo que al principio corage,
 Y la sed de su venganza
 Degeneró en insaciable.
 Era su presencia agüero
 De horrendas calamidades,
 Y era su nombre un conjuro
 De desventuras y males.
 Seguíanle por dó quiera
 En apiñada falange
 Alguaciles y verdugos
 Con hachas y con dogales.
 Donde fijaba la planta
 Su huella marcaba en sangre,
 Donde ponía los ojos
 Iba la muerte á sentarse.
 Como destructor cometa,
 Como fantasma impalpable,
 En todas partes se hallaba
 Sin distincion de lugares.
 Y un encuentro, una palabra
 Casual ó poco esplicable,
 Una plática en secreto
 O una seña poco fácil
 De comprension, una muerte
 Evocaba en el instante.
 «Comuneros son, gritaba,
 ¡A ellos, prenderles... matarles!»
 Y nunca volvió sin presa,
 Que era plan irrevocable
 No hallar jamás inocente,
 Ni justiciar nunca en balde.
 ¡Ah! no hubo español valiente,
 Cuyo sueño no turbase
 Alguna vez de Ronquillo
 La amenazadora imágen.
 Pues por dar con un rebelde
 Pasara sobre el cadáver

Poco es del mejor amigo,
 De su esposa y de su madre.
 Mas tan caduca es la vida
 Y todo en ella es tan frágil
 Que se hunde lo mas brioso,
 Lo mas encumbrado cae.

Vecino á su hora postrera,
 Tendido en su lecho yace
 Llena de angustias el alma
 El desapiadado alcalde.
 Los ojos desencajados
 De las cuencas se le salen,
 Como si espantados vieran
 Mil espectros rodearles.
 La cólera y el terror
 Pintados en el semblante,
 Pide al mismo tiempo auxilios
 Mundanos y espirituales.
 A veces sobre su lecho
 Iracundo incorporándose,
 «Llamadme al rey,» dice á gritos
 Con feroces ademanes.
 A veces entre la ropa
 Atribulado ocultándose,
 «Que traigan un confesor,»
 Dice con voz lamentable.
 Y corre desalentada
 Su gente plazas y calles,
 Unos en busca del rey
 Y otros en busca de un fraile;
 Mientras el vulgo enumera
 Los infinitos desastres
 Que lleva detrás el nombre
 Del golilla agonizante.
 Y no hay en Valladolid
 Una casa ni un linage
 Que con dudosa impaciencia
 La muerte del juez no aguarde.
 Parece que mientras viva
 Sobre la tierra un instante
 Sus miradas y su aliento
 Han de emponzoñar el aire.

Que así mueren los impíos,
 Sin ser llorados de nadie,
 Y agobiados bajo el peso
 De su conciencia culpable.

II.

Así en su lecho Ronquillo,
 Ya casi á espirar cercano,
 Un crucifijo en la mano
 Y á su lado un confesor,
 Su hora postrera aguarda
 En oscura incertidumbre,
 De su fé muerta la lumbré,
 Vivo de su alma el terror.

Acuña el dogal levanta
 Que mata con deshonor.

«Mi fama importaba poco,
 «Dice el obispo insepulto,
 «Si el crimen quedara oculto,
 «Menos mi sangre en verdad.
 «Pero ¿no viste, sacrilego,
 «Que habia en mí mas que un hombre,
 «Y que iba unida á mi nombre
 «Mi sagrada dignidad?»

—«No, gritaba el moribundo,
 «No á mí esa cuenta me pidas:
 «La ley cortó vuestras vidas,
 «Acude á quien la dictó.
 «Rebeldes, á muerte fuisteis
 «Condenados, y en conciencia
 «Será injusta la sentencia,
 «Mas no quien la ejecutó.»

—«¡No! reponía la sombra,
 «¡Mientes! si hacerte le plugo
 «Su juez, jamás su verdugo
 «Te nombró el Emperador.
 «¡Mientes, si, dióte la vara
 «Que aunque castiga no humilla.
 «Mas no te dió la cuchilla
 «Ni el dogal infamador!»

«Cuando oscilaba mi cuerpo
 «Colgado en el barandage
 «No recibí aquel ultrage
 «De tu rey, sino de tí.»
 Y esto diciendo la sombra
 De Acuña el dogal mostraba
 Y él con la vision luchaba
 Sin ahuyentarla de sí.

«¡Huye! el infeliz decia,
 «¡Huye, delirio funesto!»
 Y con terror manifiesto
 La vista apartaba dél.
 «¡Huye!» escondiendo la cara
 Entre las ropas decia,
 Mas siempre, siempre veía
 El mismo espectro cruél.

En tanto el sol su occidente
 Y el día su fin tocaba,
 Y á largo paso avanzaba
 La noche lóbrega en pos:
 Y al miserable Ronquillo
 Le iba el aliento faltando,
 Cada vez mas escusando
 La memoria de su Dios.

—«La vida es breve é incierta,
 «Morir es negocio grave,

Los recuerdos de una vida
 A la ambicion consagrada
 De crímenes mil sembrada,
 Secretos entre Dios y él,
 Hervían en su conciencia,
 Y al exacto pensamiento
 Se agolpaban en violento
 Irresistible tropel.

Allí con faz iracunda
 Se alzaba el fantasma fiero
 Del bizarro caballero
 Degollado en la prision,
 Y sus hijos y su esposa,
 Víctimas del abandono,
 Pedíanle con encono
 De aquella sangre razon.

Allí el engañado amigo
 Y la muger deshonorada,
 La inocencia condenada,
 La vendida recititud
 A recias voces pedían
 Contra el culpable venganza,
 Y de ella con esperanza
 Asidos de su ataud.

Revuelve el juez por dó quiera
 Los ojos desencajados,
 Mas por dó quiera apiñados
 Sangrientos fantasmas ve;
 Dó quiera una sombra pálida
 Le recuerda una sentencia
 Que dió contra su conciencia
 Y contra justicia fué.

Y al través de cada pliegue
 Del cortinaje ostentoso
 De su lecho, un horroroso
 Espectro aguardando está;
 Y en vano cierra los párpados,
 Que bajo forma distinta
 En sus pupilas se pinta
 Mas espantoso quizá.

Mas sobre todos Acuña
 Ante sus ojos se muestra
 Con el báculo en la diestra
 Y en la siniestra el dogal,
 Clamando el buen caballero
 Por la honrosa sepultura
 Merecida á su bravura
 Y á su cetro episcopal.

Y en vano el mal juez le tiende
 Su mirada suplicante,
 Acuña le está delante
 Con gesto amenazador,
 Y al rezo con que el alcalde
 Conjura la sombra santa,

«La hora nadie la sabe,
Le decia el confesor;
Mas él, sin oírle casi,
La moribunda mirada
Tendia desesperada
De la puerta en derredor.

—«¡ Si hubiera, padre, un menguado
«De esos doctores, decia,
«Que cortara mi agonía
«Hasta que viniera el rey,
«Le hiciera pesar en oro!...
«Mas toda es farsa su ciencia
«Y á su orgullosa impotencia
«Siempre el mal pone la ley.

«¿De qué les sirve el estudio
«De esa facultad mentida
«Si se les huye la vida
«Y vence la enfermedad? »
—«¡ Pensad en Dios, replicaba
«Compasivo el religioso,
«Buscad, señor, el reposo
«En su incierta eternidad! »

Mas el alcalde impaciente,
Siempre mirando á la puerta,
Su atencion mostraba incierta
Entre el rey y el confesor.
Deciale este: « El reparte
«Con el justo su corona, »
Y él decia: « Su persona
«No tuvo adicto mayor.

«¡ Mas me olvida, cuando siento
«Presa mi vida en un hilo
«Y él solamente tranquilo
«Pudiera hacerme morir! »
Y así Ronquillo diciendo
Con supersticion impía
En el rey ¡ necio! ponía
Su esperanza y porvenir.

Decia el fraile: « ¡Haced cuenta
Que eso el diablo no os arguya!
—Con una palabra suya
Me salvo. » decia el juez.
Y oraba el buen religioso
Por él fervorosamente,
Y él murmuraba impaciente
Una maldicion tal vez.

Al fin abrióse la puerta
Y entró por ella embozado
Un hombre pálido, armado
De una espada y un baston;
Sobre cuya negra ropa,
De seda á un cordón asido,

De su cuello suspendido
Brillar se via un toison.

Tendió por el aposento
Rapidísima mirada
Este hombre desde la entrada,
Y con perezoso pié
Llegó al lecho de Ronquillo
Mientras el buen religioso
Acercóse respetuoso
Blando sitial y se fué.

Sentóse á la cabecera
Del juez el recien llegado,
Y con aliento apagado,
De este modo el juez le habló.
A cuyas voces el otro
Sus razones esponiendo,
Preguntando y respondiendo
Diálogo tal se entabló:

El Juez. Ya, príncipe y señor mio,
Cercana mi muerte siento,
Pero no es mi sentimiento
Mayor el verme morir;
No es dejar mi casa y gente
Sobre la tierra olvidada,
Cuando por vos amparada
Sé, señor, que ha de vivir.

Solo una cosa quisiera,
¡Oh gran señor! demandaros,
Y por cuanto hay conjurados
Para obtenerla de vos.

El Rey. Sabes, Ronquillo, que siempre
Tu amigo mejor he sido,
Y sé cuan bien me has servido;
¡Prémiate en la gloria Dios!

Cuanto por ello me pidas
Mi amistad te lo dispensa,
Con tal que no sea ofensa
Del Señor; concluye pues.

Ronquillo. Es una bondad que aguardo
De tan magnánimo pecho.

El Rey. Ronquillo, dalo por hecho:
Mas acaba, di lo que es.

Ronquillo. Oídme, señor; yo espiro
Aunque pecador, en calma:
Solo me atormenta el alma
Un peso que solo vos
Podeis quitarme: la muerte
Del obispo de Zamora.
La muchedumbre traidora
No temo, que le fué en pos.

No, aquella chusma rebelde
Murió á las leyes conforme,
Yo di á vuestro padre infornze
De cuantas sentencias di:

Mas la de Acuña me aflige,
Librarme de ella deseo.
Que por todas partes veo
Aquel obispo ante mí.

Si vos, señor, compasivo,
De mi conciencia en descargo
Quisiérais tomarla á cargo,
De vuestro padre en lugar,
Yo descansado muriera:
Porque vuestro padre al cabo
Mandó á Padilla y á Bravo
Y á los rebeldes matar.

Y yo, señor, en Acuña
Su ley imperial cumplía,
Pues probé su rebeldía
Y le sentencié por tal.

Y así diciendo el alcalde
Que alentaba con trabajo,
Miró al rey, que cabizbajo
Meditaba en su sitial.

¡ Miseria humana! aquel hombre
Que por su ciencia y sus leyes
Aconsejaba á los reyes
Y se aconsejaban de él,
Supersticioso y fanático
Quiso á otro hacer responsable
De lo que él solo culpable
Obró, sin culpa de aquel.

Mas vió con gran desconsuelo
Que allí, en la ocasion mas crítica
Le abandonó su política
Que aun con Dios quiso emplear:
Porque el rey, muy compungido
De no complacerle en esto,
Le dijo con grave gesto
Y voz tierna de escuchar:

— « Hijo mio: tú no puedes
Concebir el sentimiento
Que tengo en este momento
Por no poderte servir:
Mas si tomase á mi cargo
Lo que mi padre pecara,
Dios me lo echaria en cara,
Y ¿qué le iba yo á decir?

Responderle no podría
De lo que yo no supiera,
Y Dios condenar me hiciera
En vuestro lugar á mí.
Harto hará cada nacido
En responder de lo suyo:
Carga tú pues con lo tuyo,
Y hable mi padre por sí.

Que si sus órdenes régias
Como te las dió cumpliste,
Tu deber, Ronquillo, hiciste,
Y no hay porque recelar.
Mas si á tu interés miraste,
Sus órdenes escediendo,
Que injusto es por ello entiendo
Al Emperador culpar. »

Y así diciendo con calma
Al alcalde moribundo,
Salió Felipe Segundo
De allí con rápido pié.
Y era este alcalde sin duda
Hombre de grande importancia.
Cuando hasta su misma estancia
Felipe Segundo fué.

Desde este fatal momento
Y desque oyó tal respuesta,
Fué la inquietud manifiesta
Del desconsolado juez:
Y á su confesor llamando
Para acallar su conciencia,
Acudió la penitencia
Humillando su altivez.

Al fin con señales santas,
Y cristianos pensamientos,
Recibió los sacramentos,
Nombró heredero, y murió.
Y con suntuoso aparato
Y gran pompa se asegura
Que le dieron sepultura
Bajo un altar que él dotó.

Y á ver su tumba de mármol
En labores esquisita
Y la riqueza inaudita
Del recamado tapiz
Con que colgaron la iglesia
Desde el suelo á la techumbre.
En espesa muchedumbre
Acudió Valladolid.

III.

Era la noche del siguiente día
En que murió Ronquillo:
El túmulo en la iglesia todavía
Se alzaba, aunque entre mármoles yacía
Su cuerpo ya, y sus honras encargadas
A los severos padres franciscanos
Estaban con gran pompa preparadas.
Del mismo rey por cuenta
Celebrarse debían
Y sin duda serían
Magnífica funcion, cosa opulenta:

Puesera justo que quien tanto ruido
En el mundo mortal metió viviendo
A la mansion bajase del olvido
Con pompa, con escándalo y estruendo.
Un monge reverendo,
De edad proveya y elocuencia suma,
La fúnebre oracion tomó á su cargo,
En que saliera voluntad poniendo
Obra maestra de su docta pluma.
Tomó pues en la oscura biblioteca
Ancho sillón de suspendido cuero,
Mesa espaciosa con papel no escaso,
Volúmenes traídos para el caso,
Peñola blanda, y colosal tintero.
Ojeó á san Agustín y á san Crisóstomo,
Y trajo á su memoria
De sagrada oratoria
Cien sublimes y clásicos modelos,
No sin costarle las ideas santas
Dentelladas de uñas unas cuantas,
Y alguno que otro refregon de pelos.
Y así á veces el techo contemplando,
Leyendo á veces lo que estaba escrito
Con voz tan alta que rayaba en grito
Y períodos á veces murmurando;
Y en el hondo sillón arrellanándose
Unas borrando y otras añadiendo,
El bendito sermón iba saliendo.
Y ya el buen fraile el parabién se daba,
Notando que al epílogo llegaba,
Repasando renglones por renglones,
Descuidados conceptos y oraciones,
Limando sus períodos inconcisos,
Mezquinos ó confusos;
Cuando dió de repente en sus oídos
Tremendo són de silbos y cadenas,
Y horroroso concierto de alaridos
Que la sangre de horror heló en sus venas.
Huyósele la pluma de las manos,
Borrósele el sermón de ante la vista
Al són de aquellos gritos sobrehumanos
Y aquella serenata no prevista.
Los ojos con pavor clavó en la puerta,
Trémulo el corazón, roto el aliento
En la boca entreabierta,
Sin fé esperando su postrer momento.
Y entre tanto el estrépito crecía
Y mas á cada punto se acercaba
Y mas horrendo cada vez se hacia
Y cada vez mas próximo sonaba.
Ya semejava del airado trueno
El repentino y cóncavo estampido:
Ya de desolacion íntima lleno,
Largo, medroso y lúgubre gemido;
Ya por el ronco vendabal sin freno
Ancho y voraz incendio sacudido,
Y ya el fragor de la borrasca fiera
Con que la mar retumba en la ribera.

Giró la puerta al fin sobre sus gongos
Y dió paso su hueco á un enlutado
Que entró sin ceremonia y escoltado
Por multitud de incógnitas figuras
Fantásticas y feas,
A cuyas repugnantes cataduras
Daban color sus azufradas teas.
Quedóse el pobre fraile anonadado,
Y encomendando á Dios su alma medrosa
Ante la negra aparición postrado
Cayó humilde de hinojos,
Lleno de miedo el corazón menguado
Y de cobardes lágrimas los ojos.
Y el incógnito, viendo tal postura,
Dijole con voz dura:
« No dobles insensato la rodilla
« Al mas infimo sér que alienta y sufre
« Y ante la cruz de tu sayal se humilla.
« Levanta, miserable, de la tierra
« Y guía á la capilla
« Dó yace el cuerpo del maldito alcalde,
« Que para tu sermón lo que allí veas
« No te será por Dios párrafo en balde. »
En vano el monge conjurar quisiera
La aparición con la palabra santa
De oración eficaz: inútil era
Su esfuerzo y voluntad, ni una siquiera
Pudo el triste arrancar de su garganta.
Trémulo y cabizbajo echó delante
De la turba infernal que silenciosa
Caminaba tras él poco distante,
Hasta dar en la iglesia tenebrosa.
Por bajo de sus arcos ogivales
Pasaron lentamente en dos hileras
Aquellas cien fantasmas infernales,
Sin que en el templo cóncavo crujiessen
Sus misteriosas huellas,
Sin que sus sombras proyectar se viesen
Sobre los muros, desprendidas de ellas.
La luz iluminaba
Sus contornos tal vez, mas su figura
No oponía á la luz compacta oscura
Su masa corporal: la luz en torno
No se extendía, no, de su contorno,
Que el reflejo su cuerpo traspasaba.
Vacilaba su forma á cada paso
Como se ve variar la de un objeto
Cercado de agua y á través de un vaso,
Y parecia que era solamente
Cada figura un árido esqueleto
Que con cuerpo aparente
Su desnudez disimular queria
Mas dar con la apariencia no podia.
Así llegaron del alcalde muerto
A la tumba ostentosa,
Dó escribieron en vano: « Aquí reposa. »
Pues tomando al morir un rumbo incierto,
De la horrorosa duda

Entró su alma inmortal en el desierto.
Cercó la turba el féretro, y la losa,
De su jefe á la voz dócil girando,
De Ronquillo mostró la pavorosa
Figura; á cuya vista el negro bando
De espíritus que el féretro cercaba
Rugió iracundo al contemplar su presa,
Cual de la suya en torno en noche oscura
De cuervos roncós la bandada espesa.
El enlutado entonces, que mostraba
Autoridad entre ellos, la voz fiera
Alzó en un pergamino que llevaba,
Leyendo en torva voz de esta manera:
« Mirando los pecados infinitos
« Con que manchó su vida y su conciencia
« El alma de este juez, y sus delitos
« No mereciendo de su Dios clemencia,
« Y en la balanza igual de su justicia
« Pesando mucho mas que su inocencia
« La venganza, el orgullo y la avaricia,
« Al cuerpo infame el Hacedor sentencia
« Con el alma á sufrir males eternos
« Por una eternidad en los infiernos. »
Y á estas palabras la infernal caterva,
Del vil cadáver con furor asiendo,
Iba á ensayar en él venganza acerba
Con ira horrible y tronador estruendo,
Cuando á la voz de Satanás cediendo,
El tumulto feroz, el triste monge
Que el juicio eterno á su pesar veía
Desta manera oyó que le decía:
« Refiere tú en el púlpito mañana
« Lo que has visto esta noche, y quien osare
« Dudar de esta justicia soberana
« Que en este muro nuestra huella vea
« Y ante esta marca se horrorice y crea. »
Y así diciendo con su negra mano
En la pared trazó círculo oscuro
Y un fuego roedor en polvo vano
Trocó la piedra del macizo muro.
Y soplando despues en la pavesa,
Por el ancho y méfítico agujero
Huyeron los fantasmas con su presa,
Huella indeleble su espantoso bando
En el tostado boqueron dejando.

Quedó aterrado el santo religioso
Al pié de la vacía sepultura,
Mirando por el aire nebuloso
Veloz huir la aparición impura;
Hasta que al cabo de terror transido
Desfalleció sin voluntad ni aliento
Y cayó sin sentido
Al desgarrarse airado el firmamento
De un trueno con el cóncavo estampido.
Brotó la tempestad: rompió el nublado
Su henchido vientre, y con fragor crujiéron
El rayo de las nubes desatado

Y el granizo con furia desgajado
Que el paso audaz del huracán siguieron.
Al iracundo estrépito inaudito
Estremecióse la ciudad dormida,
Tal vez creyendo que la humana vida
Tocaba con su término prescrito:
Y al desórden ignoto
Que vió desbaratar los elementos
Tembló el malvado y se humilló el devoto,
Vueltos á Dios sus torpes pensamientos.
Y diz que al otro día
Todo Valladolid se despoblaba
Y la tumba vacía
A contemplar venía,
Y viendo el boqueron se santiguaba;
Porque en su Dios la multitud creía
Y á su Dios adoraba...
¡No era cual hoy la multitud impía!

Perdona, ¡oh buen lector! si en un exceso
De humor fatal con tan oscura tinta
Pude contarte tan atroz suceso;
No siempre alegre nuestra pluma tinta
De ciego amor el voluptuoso alago,
El bullicio del circo y los estínes,
De blancos sueños el tumulto vago
Y el aroma del templo y los jardines.
No siempre paz el corazón respira,
Placer, y delicioso arrobamiento,
Ni siempre uena en mi cansada lira
Del placer y el amor el grato acento.
Tal es la tradición: así la cuenta
El pueblo por dó quier, y así la escribo;
Si como está, lector, te descontenta,
Tu juicio al fin con humildad recibo.
Y en fé de que te escucho y te respeto
Relacion esmerada y exquisita
A la vuelta de esta hoja te prometo;
Desagraviéte pues mi FAVORITA.

LEYENDA SESTA.

LAS PILDORAS DE SALOMON,

CUENTO.

Vivia en cierto lugar
De la Estremadura un juez,
De ir llegando á la vejez
Con grandísimo pesar.

Era el tal un hombre obeso,
De gran nariz, buen color,

Formidable bebedor...
Hombre en fin de mucho seso.

Hombre á quien nunca ablandaron
Las desventuras mayores,
Ni las palabras mejores
Crédito con él lograron.

Hombre de peso y medida
Que por los dedos contaba,
Pero que no equivocaba
Número alguno en su vida.

Juez tan recto y justiciero
Que tendió con gran pericia
La izquierda á la justicia
Y la derecha al dinero.

Y así solía decir :
« El que dinero no tenga
« Que no litigue, ni venga
« Justicia mía á pedir.

« Porque si hacerla es mi oficio,
« No he de ser tan majadero
« Que no sea yo el primero
« Que goce su beneficio. »

Y con este parecer
Y con tan sana opinion
Era el oro su razon,
Su porvenir el placer.

Vivir bien era su afán,
Vivir y gozar sin tasa,
De modo que era en su casa
No el señor, sino el sultan.

No se escaseaba delicias,
Ni se negaba placeres,
Y su mesa y sus mugeres
Fruto eran de sus justicias.

Egoísta hasta lo sumo,
Voraz por naturaleza,
Y de una rancia nobleza
Embriagado con el humo,

Era este juez (sin rodeos)
Un ricote de lugar
Que nunca pensó en tasar
Su ambicion, ni sus deseos.

Tan satisfecho y casado
Con sus propias opiniones
Como asido á los doblones
Que le sudaba el juzgado,

Jamás pensó en su egoísmo
Que mirar por los demás

Debia, ni vió jamás
A nadie como á sí mismo.

Jamás su opipara mesa
Parásitos asaltaron,
Ni sus sentencias fallaron
Sino en razon de la presa.

Con mas razon litigaba
Quien mas ofrenda esponia,
Y mejor causa tenia
Quien mejor se la pagaba.

Tal era, amigo lector,
Este golilla estremeño,
Que alcanzaba mucho empeño
En la corte, y gran favor.

Pues poderosa le auxilia
Por su gran privanza en ella
Una negocianta bella
Allegada á su familia.

Mas es tan frágil, tan vana
La felicidad terrena
Que toda nos la envenena
La desazon mas liviana.

Gozaba este juez sin tino
Sin mas bien, ni porvenir,
Dejándose en brazos ir
De su pródigo destino;

Mas habia un pensamiento
En su cabeza empotrado
Que le tenia agobiado,
Desabrido y mal contento.

La idea de que *tan poco*
La vida mortal duraba
Era cosa con que andaba
El buen estremeño loco.

Pensar que al fin era ley
Imposible de evitar
La existencia abandonar
Lo mismo el patan que el rey,

Y pensar que en un grosero
Sayal áspero enterrado,
Había de ser pateado
Por algun sepulturero,

Era un pensamiento cruel
Que afanado le traía,
Y apechugar no podia
El estremeño con él.

Continuamente al espejo
El semblante se miraba,

Iba alargando los años
Y esquivando la vejez.

—
Es una noche de marzo
Turbia por demas y lóbrega,
En que con ira los vientos
Desencadenados soplan.
Desiertas están las calles
De Medellín, y en la sombra
Todo solitario yace,
Todo tranquilo reposa.
Solo el silencio interrumpe
La voz destemplada y bronca
Del ábrego que se estrella
Contra las murallas sólidas
Y el ágrío són con que giran
En las agujas mohosas
Las veletas al impulso
De las ráfagas sonoras.
Era ya tarde y estaba
La media noche muy próxima,
Cuando en la casa postrera
De una callejuela angosta,
Se oyeron voces confusas
De diferentes personas
Que del portal se acercaban
Por la cavidad recóndita.
Brilló la luz de la puerta
Por entre las tablas rotas,
Giró la llave y salieron
Cinco hombres en faz de ronda.
Llevaba el uno delante
Encendida una farola
Con que alumbraba los pasos
De otro que, á distancia corta,
Le seguía, y los demás
Daban á este último escolta
Embozados en sus capas
Y asidos á sus tizonas.
Cruzaban así á buen paso
Las calles una tras otra
Y ya tocaban al término
De su marcha silenciosa,
Cuando al salir á una plaza
Dieron de manos á boca
Con la figura de un hombre
Que la cruzaba á deshora.
Su aventajada estatura,
Serena y magestuosa,
Su tez y su barba negra
Y el traje con que se adorna
Su oriental origen pronto
Y á claras voces pregonan.
Mas no era de Medellín
La gente en trajes muy docta
Y así se quedó un momento
Ante esta vision atónita.

Sobre la edad que mostraba
Demandándole consejo.

Y porque de sus cabellos
No hubiese blanco ninguno,
Arrancaba uno par uno
Cuantos encontraba entre ellos.

Y en fin, si medio le hallara
De vivir un año mas,
Aun del mismo Satanás
Las propuestas escuchara.

Consiguiente á esta manía
De tropezar con manera
Para hacer mas duradera
La vida mortal, tenia

Con solo un hombre amistad,
Y esta amistad era un médico,
Cronicon enciclopédico
De su oscura facultad.

Amigo de las botellas
Como el golilla, testigo
De sus proezas, y amigo
Por demas de las doncellas,

Era el único mortal
Que osaba delante de él
Representar su papel
Sin que él lo llevase á mal.

Él era quien de las multas
Cargaba con el producto
Por el seguro conducto
De sus continuas consultas.

Y con su docto consejo
Y acertadas opiniones
Gastaba el juez sus doblones
Para no llegar á viejo.

Y así la melancolía
De la vida iban matando,
En la noche prolongando
Las bacanales del día.

Y así contentos los dos.
Aunque con diversos fines
Con récipes y festines
Iban del placer en pos.

El médico, del golilla
Imperturbable verdugo,
Iba sacándole el jugo
Del juzgado á maravilla;

Él iba creyéndose el juez
Que con remedios tamaños